

portar. Precisamente, gran parte de la valía del libro de Eduardo de Guzmán radicaba en ese enfoque periodístico que, cuando está seriamente asumido, conlleva necesariamente el rigor y la profundidad.

Porque en la intención de Azcona y Fernán-Gómez adivino un deseo de complejizar la anécdota, de no limitarse a contar de manera lineal un hecho al que ellos creían poder encontrar otros significados, otros sentidos, que los inmediatamente perceptibles en la anécdota. Recién terminada "Mi hija Hildegart", Fernán-Gómez nos hablaba de que como mejor se le ocurría definiría era como una película "existencialista", donde lo fundamental era un sentimiento de angustia y en la que se podía percibir no la tragedia de la revolución, sino el desencanto o —más bien— la ansiedad nacida del fracaso de esa revolución. En este sentido, Fernán-Gómez declaraba hace unos días: "Yo lo que he intentado es llevar al espectador a esta angustia que existía entre esas mujeres (Hildegart y su madre), angustia que yo no creo que se diera por una oposición entre ellas, sino por oposición entre su pensamiento y el pensamiento de la sociedad, que ya debía haber estado superado"... Pero quizá sea precisamente este intento de "trascendentalizar" la historia a unos niveles demasiado ambiciosos —lo mismo que, en cuanto a estructura de guión, se ha hecho, fragmentando la narración temporal y espacialmente—, lo que en último término incapacita la película, al despojarla de su carácter testimonial sobre una obsesión pigmaloniana, sin ofrecer a cambio esa más ambiciosa dimensión filosófica y moral —y, en consecuencia, estilística— que sus autores parecen haber pretendido. ■ FERNANDO LARA.

TEATRO

"Violines y trompetas"

La verdad es que uno, que recordaba las primeras comedias de Santiago Moncada, quizá técnicamente inmaduras, pero llenas de delicadeza, se quedó poco menos que perplejo con el texto que, hace dos o tres temporadas, le estrenó Rocio Dúrcal. El que dicha obra —"Muchacha sin retorno", creo que se llamaba—, que era algo así como una historieta para que los espectadores hicieran imaginariamente el amor, tuviera tan extraordinario éxito, se debió, sociológicamente hablando, a la mezcla de represión y senilidad del respetable. El espectador asista al detallado "antes" y "después" del coito, arreglándoselas autor y director para que el "durante" lo imaginara aquél como parte sustancial de la comedia. Santiago Moncada obtuvo así, con la más burda de sus obras, el mayor de sus triunfos profesionales.

Cuento todo esto porque ayuda a entender "Violines y trompetas", comedia que invita a una doble lectura, como si el autor buscara salvar el viejo material que no apareció en "Muchacha sin retorno" y, a la vez, repetir la fórmula que le proporcionó el éxito.

En el fondo ese ha sido el esquema de nuestro mejor teatro pequeño burgués de posguerra, el teatro de los Ruiz Iriarte, Neville, o Miguel Mihura, salvando, claro, la distancia

entre una época en que la censura obligaba a trabajar duramente a la imaginación y ésta de hoy en que —si Arias Salgado levantara la cabeza— hay más desnudos en los escenarios que tresillos. Por razones que no procede indagar aquí, el hecho cierto es que esa tradición se quebró, siendo sustituida en el ánimo del mismo público por un teatro mucho más rampón, unívocamente cómico y vodevilésco, peor construido y peor escrito. Esa especie de amargura última, o de cansancio, que, con independencia de cualquier interpretación —y crítica— ideológica, tenía el valor de hacernos sentir una determinada realidad social y humana, fue arrinconada por lo que, tal vez un poco duramente, habría que calificar de "gamberrismo escénico", por un teatro que se imponía "divertir" sin la menor audiencia a las ideas o a las emociones del mundo pequeño burgués, en el que, por lo demás, y a distintos niveles de aceptación o rechazo, estamos todos los que pisamos los teatros.

"Violines y trompetas" tiene el interés de restituir esa antigua tradición, con el tono, ya digo, que corresponde a nuestros días. Santiago Moncada ha construido una historia de relaciones equívocas y de actos sexuales, que encaja perfectamente en la triste demanda teatral de nuestros días. El juego de tres brillantes actores con oficio —Pilar Bardem, Juanjo Menéndez y Jesús Puentes— y de una jovencísima y guapa actriz —Violeta Cela, la que se desnuda—, aseguran, bajo la dirección de Angel García Moreno, el eficaz funcionamiento de ese nivel de la comedia.

Pero detrás del juego, los personajes poseen la humanidad que el vodevil generalmente les niega. Cada uno tiene su motivación. Y el final de la comedia

—los personajes maduros, que forman un desangelado trío de música clásica, ensayan, cada uno desde su particular situación, y, sin embargo, unidos por un mismo sentimiento de soledad— no deja de proponer cierta dosis de emoción y lucidez...

Es seguro que incluso esta segunda y más profunda lectura de "Violines y trompetas" tropieza con los límites de este teatro, tierno, cerrado, egocéntrico, al que nos referíamos al principio. Pero la escena española ha llegado a un punto en el que el hecho de encontrarse con personajes que tienen una edad, que aspiran a unos objetivos, que poseen unos sentimientos, y que sobrellevan sus fracasos sin perder su humanidad —su pobre humanidad— es ya una grata sorpresa. El autor juega esta vez con sus personajes, imagina situaciones insólitas, emplea su ingenio para divertir a toda costa a los espectadores, pero consiguiendo que aquéllos existan de principio a fin de la comedia. La construcción de la obra, el hecho de que la acción dramática se exprese a través de situaciones y no de explicaciones tangenciales, es otra rancia pero innegable virtud restablecida por Moncada en su comedia. ■ JOSE MONLEON.

Una imagen de la familia

Es innegable: el Alfíl "no ha cedido". Y su línea teatral —un poco desordenada, pero generalmente dominada por un nivel razonable— ha proporcionado ya a la presente temporada, primero, el montaje francés de "La Celestina", y ahora el estreno de "Un soplo de pasión" ("Chez nous"), de Peter Nichols, bajo la dirección de Angel García Moreno, que es quien lleva el timón de la sala. Trabajos ambos que es necesario situar en la línea del teatro más decoroso que ha sido posible ver últimamente en Madrid.

"Un soplo de pasión" —creo que no es un buen título y que incluso cambia el sentido de la obra, aunque entiendo el problema de Arteché ante el "Chez nous" del original— es uno de los muchos dramas que el teatro anglosajón ha dedicado a analizar la inconsistencia de la vida familiar. El procedimiento es siempre el mismo. Una pareja —en la obra de Nichols, desaparece enmarcada por todos los rasgos que cotidianamente se atribuyen a la "normalidad". El éxito, cierto bienestar material, la seguridad con que



"Violines y trompetas", de Santiago Moncada. (Foto: M. Martínez Muñoz)